LA REBELION

PERIODICO MENSUAL EDITADO POR LA SOCIEDAD DE R. OBREROS DEL PUERTO DE LA CAPITAL.--SECCION CARBONEROS

Secret.: BRANDSEN 231 U. T. 3074 B, O. | Buenos Aires, Enero y Febrero de 1921 | Año I Núm. 3



Pedro Kropotkine

El telégrafo ha anunciado la muerte de este compañero, producida en Moscú.

Hacer una biografía de este hombre, es materialmente imposible en un suscinto artículo de un periódico gremial, quien quiera conocerla, les recomendamos su obra titulada «Memorias de un revolucionario», allí encontrará lo que desea.

Nosotros de nuestra parte sólo diremos que éste ha nacido príncipe, que en su juventud, paje en la corte de San Petersburgo, y que luego, cuando ya hombre, por sus estudios, pudo ser hombre de ciencia, pero que a todo esto sacrificó, para ser hombre del pueblo, para ser anarquista acérrimo, irreductible enemigo de cualquier clase de tiranía.

La filosofía anarquista le debe a su exquisito cerebro sus mejores estudios. Entre sus obras puede leerse «La conquista del pan» cartilla de la sociedad futura, y «Apoyo mutuo», cúspide del edificio de la moderna sociología; amén de otras que no citamos pero todas igualmente interesantes e ilustrativas para la emancipación de la clase trabajadora, y para la redención de la humanidad toda.

El Czar primero, y la burguesía de Europa después, no podían perdonar al hijo descarriado de su clase que tenía el valor de bajar al pueblo, y tras del pseudónimo, que escondía al príncipe, que usó transitoriamente, lo hizo aprisionar.

En esas condiciones fué perseguido y encarcelado en muchas prisiones aún de aquellos países que se consideraban liberales y democráticos como ser Francia.

Ha muerto, viviendo la revolución, que ha propagado durante toda la vida y aunque en sucesivas correspondencias manifestaba su disconformidad con el régimen implantado por la revolución, sin embargo, veía en ese régimen el paso necesario para llegar a la sociedad futura por él soñada.

F. L. BROCHA

LAS RIQUEZAS DE TODOS

Mucho es el camino que ha recorrido la Humanidad desde las remotas épocas en las que vivía el hombre del producto de la caza y no dejaba a sus hijos más herencia que una cueva entre las peñas, imperfectos instrumentos de sílex y la Naturaleza contra la que tenían que luchar para vivir miserablemente.

En largo período de miles y miles de años, el género humano acumuló extraordinarios tesoros. Roturó el suelo, desecó los pantanos, desbrozó los bosques, abrió caminos; construyó, inventó, experimentó, raciocinó; creó instrumentos complicados, estudió y ofreció a la Naturaleza, domeñó el vapor, llegó a tal extremo, que al nacer hoy el hijo del hombre civilizado, halla a su disposición un capital inmenso, reunido por sus antepasados. Y ese capital le permite obtener riquezas que superan a lo que imaginar pudiera la más desaforada fantasía.

Al presente, en los terrenos vírgenes de las grandes extensiones de América, cien hombres, empleando poderosas máquinas, logran que en pocos meses se produzca el trigo necesario para subvenir a la subsistencia de diez mil personas durante un año. Donde el hombre

quiere multiplicar sus productos, forma el suelo, da a cada cultivo los cuidados apropiados y consigue enormes cosechas. En otro tiempo, el cazador había de apoderarse de cien kilómetros cuadrados para encontrar allí el alimento de su familia; el hombre civilizado arranca con menos fatiga y más seguridad, en pequeñísima porción de ese espacio, todo lo que exige la subsistencia de los suyos. Si falta sol, el hombre lo reemplaza por el calor artificial. Con conducciones de agua caliente, consecha en un espacio dado diez veces más productos que anteriormente cosechaba.

Los adelantos realizados en la industria son todavía más prodgiiosos. Con máquinas modernas, cien hombres tejen la tela necesaria para vestir a diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para que se calienten diez mil familias en un clima polar.

Y si en la industria, en la agricultura y en el conjunto de nuestra organización social sólo redunda en beneficio de un pequeño número la labor de nuestros antecesores, también es verdad que la Humanidad entera podría gozar una existencia de riqueza y de lujo sin más que utilizar los siervos de hierro y de acero de que es dueña.

Somos inmensamente ricos, como no lo sospechamos aún. Ricos por lo que poseemos ya; aun más ricos por lo que pueden suministrarnos nuestros instrumentos actuales; infinitamente más ricos por lo que sacaríamos de nuestro suelo, de nuestra ciencia y de nuestra habilidad técnica, si todo esto se aplicase de consuno a procurar el bienestar de cuantos integran lo que se denomina Humanidad.

II

Las sociedades civilizadas son ricas. ¿Por qué, pues, reina la miseria en nuestro derredor? ¿Por qué las masas han de realizar el trabajo penoso y embrutecedor que padecen? ¿Por qué esa inseguridad del porvenir (incluso para el trabajador bien pagado), no obstante las riquezas heredadas del pasado y los poderosos medios de producción que hoy existen y que a cambio de algunas horas de trabajo diario proporcionarían el bienestar a todos?

La expiicación, según los socialistas, es ésta: Porque lo indispensable para la producción lo han acaparado cuantos en el transcurso de larga sucesión de saqueos, guerras, ignorancia y opresión en que ha vivido la Humanidad antes de aprender a utilizar las fuerzas naturales. Porque fundándose en supuestos derechos adquiridos en lo pasado, se apropian hoy dos tercios del producto del trabajo humano, dilapidándolos insensata y escandalosamente. Porque constriñendo a las masas al punto de no tener con qué vivir un mes o una semana, no consienten al hombre que trabaje sino cediéndoles la parte del león. Porque le impiden producir lo que necesita y le fuerzan a producir, no lo preciso para los demás, sino lo que el acaparador cree indispensable para asegurarse los mayores beneficios.

Miremos cualquier país civilizado. Los bosques que antaño lo cubrían, fueron talados, se desecaron los pantanos, se saneó el clima, se hizo habitable el país. El suelo que antiguamente sólo producía groseras hierbas, provee hoy ricas mieses. Las rocas de los valles del Mediodía son terrazas por donde trepan las viñas de dorado fruto. Plantas silvestres que suministraban antes un fruto áspero o unas raíces no comestibles, han sido transformadas por reiterados cultivos en sabrosas hortalizas, en árboles cargados de frutas exquisitas. Múltiples caminos dotados de férreos carriles surcan la tierra, perforan las montañas; la locomotora silba en los abruptos desfiladeros. Se han hecho navegables los ríos; las costas, sondeadas y esmeradamente reproducidas en mapas, son accesibles; puertos artificiales, construídos con grandes trabajos y resguardados contra los furores del Océano, dan refugio a los buques. Perfóranse las rocas con pozos profundos; intrincados laberintos de galerías subterráneas se extienden allí donde hay carbón que sacar o minerales que beneficiar. En donde se entrecruzan o empalman caminos han nacido y crecido ciudades, en las que todos los tesoros de la industria, de las artes y de las ciencias se manifiestan a granel.

Cada porción de suelo labrado en Europa ha sido regada con el sudor de muchas razas; cada camino tiene una historia de servidumbre personal, de trabajo sobrehumano, de sufrimientos del pueblo. Cada kilómetro de vía férrea, cada metro de túnel, ha sido bautizado con sangre humana. Los pozos de las minas ofrecen recientes las huellas hechas en la roca por el brazo del barrenador. De uno a otro pilar pudieran señalarse las galerías subterráneas por la tumba de un minero que sucumbió en la plenitud de su edad por la explosión del grisú, el hundimiento o la inundación, y fueron muchas las lágrimas, privaciones y miserias que cada una de esas tumbas ha costado a la familia que vivía con el exíguo salario del hombre que pereciera en la catástrofe.

Las grandes villas que unen entre sí las vías férreas y líneas de navegación, son organismos que han vivido siglos. Si se cava en su suelo, se hallan pronto hiladas superpuestas de calles, casas, teatros, circos y edificios públicos. Si se analiza su historia, se advierte cómo la civilización de la ciudad, su industria, su genio, han progresado poco a poco y madurado por el concurso de todos sus habitantes antes de llegar a ser lo que al presente son.

Incluso el valor de cada casa, de cada taller, de cada fábrica, de cada almacén, solo es producto de la labor de millones de trabajadores desaparecidos ya, y no se mantiene sino por el esfuerzo de legiones de hombres que en los grandes centros de población habitan. ¿Qué sería de los dock de Londres, o de los grandes bazares de París, de no estar en esos grandes centros del comercio internacional? ¿Qué seria de las minas, de las fábricas, de los astilleros y de las vías férreas, sin el cúmulo de mercaderías transportadas diariamente por tierra y mar?

Para crear esta civilización de que hoy nos glorificamos han laborado rudamente millones de seres humanos. Otros millones, diseminados por el mundo, trabajan aún para sostenerla. Sin estos hombres, dentro de cincuenta años no quedaría rastro de esa civilización.

Incluso el pensamiento y la invención, son productos colectivos y fruto del pasado y del presente. Centenares de miles de inventores facilitaron con su obra el invento de cada una de esas máquinas poderosas, en las cuales admira el hombre su propio genio. Escritores, poetas y sabios han trabajado para difundir el saber, matar el error y crear una atmósfera de pensamiento científico, sin la cual ninguna de las maravillas de nuestro siglo habría alcanzado realidad. Mas esos filósofos, poetas, sabios e inventores, ¿no habían sido también inspirados por la obra de los siglos anteriores? ¿No fueron durante su vida sustentados física y moralmente, por legiones de trabajadores y artesanos de todas clases? ¿No tomaron su fuerza impulsiva del propio medio en que se agitaban?

El genio de un Seguin, de un Mayer y de un Grove han llevado la industria por nuevas vías, mejor que todos los capitales del mundo. Esos genios son hijos de la industria y de la ciencia, porque ha sido preciso que millares de máquinas de vapor transformasen, años tras años, el calor en fuerza dinámica, y esta fuerza en sonido, en luz y en electricidad, antes de que esas inteligencias preclaras proclamasen el origen mecánico y la unidad de las fuerzas físicas. Y si nosotros, hombres del siglo XIX, hemos adivinado al fin esta idea y hemos sabido aplicarla, es también porque para ello estábamos preparados por la diaria experimentación.

Los pensadores del pasado siglo la habían ya entrevisto y enunciado, pero no fué entendida, porque el siglo XVIII no se había desarrollado, junto a la máquina de vapor, como nosotros.

Imagínense las décadas que habrían transcurrido en el desconocimiento de esa ley que ha revolucionado la industria moderna, si Watt no hubiese hallado en Soho obreros hábiles para desarrollar en la práctica sus planes teóricos, construir y perfeccionar las piezas metálicas para dar vida al mecanismo completo con que se hizo por fin el vapor más manejable que el agua, más dócil que el caballo.

Igual es la historia de cada máquina: larga historia de duras veladas y de miseria; de desilusiones y de alegrías, de mejoras parciales obtenidas por varias generaciones de obreros desconocidos que añadían al primitivo invento esas pequeñas nonadas sin las cuales permanecería estéril la idea más fecunda. Es más: cada nueva invención en el inmenso campo de la mecánica y de la industria, resulta de mil inventos anteriores, es una síntesis de todos ellos.

Ciencia e industria, saber y aplicación, descubrimiento y realización práctica que lleva a nuevas invenciones, trabajo intelectual y trabajo manual, idea y labor de los brazos, todo se conjunciona. Cada invención, cada progreso, cada aumento de la riqueza de la Humanidad, se origina del conjunto del trabajo manual e intelectual del hoy y del ayer.

¿Con qué derecho puede, pues, nadie apropiarse la menor partícula de ese inmenso otdo y afirmar: «Esto es mío y no de los demás?».

III

Mas el hecho cierto y evidente es que todo cuanto permite al hombre producir y acrecentar sus fuerzas productoras fué acaparado por unos cuantos.

La tierra, cuyo valor procede de las necesidades de los tiempos actuales.

Las explotaciones mineras, obras de muchas generaciones y de valor supeditado a las necesidades de la industria y la densidad de la población, pertenecen también a unos pocos, y esos pocos limitan la extracción del carbón o la prohiben en su totalidad si para sus capitales hallan una colocación más ventajosa.

La maquinaria pertenece igualmente sólo a algunos, y aún cuando tal o cual máquina se deba a los perfeccionamientos aportados por tres generaciones de trabajadores, no por eso deja de ser la propiedad de algunos patronos; y si los nietos del mismo inventor que construyó la primera máquina de hacer encajes apareciesen hoy en una manufactura de Basilea o de Nottingham y reclamasen sus derechos, les gritarían: «¡Marchaos de aquí; esta máquina no es vuestra!» Y quizás, quizás los fusilarían si se empeñasen en posesionarse de ella.

Las vías férreas, que no serían más que inútil hierro viejo sin la población densa de Europa, sin su industria, su comercio y sus cambio,s pertenecen a algunos accionistas, que quizás ignoran qué caminos son los que les dan rentas superiores a las de un rey de la Edad Media. Y si los hijos de los que murieron a millares cavando las trincheras y abriendo los túneles se juntasen un día y, andrajosos y hambrientos, fueran a pedir pan a los accionistas, tropezarían con las bayonetas y la metralla para dispersarlos y para defender los «derechos adquiridos».

Por efecto de esta monstruosa organización, cuando el hijo del obrero viene a la vida no encuentra campo que cultivar, máquina que utilizar, ni mina que beneficiar si no entrega a un amo la parte mayor de su trabajo productivo. Vése en el caso de vender su fuerza para el trabajo por una remuneración insegura y mezquina. Su padre y su abuelo trabajaron en sanear aquel campo, en levantar y perfeccionar aquella el dedicarse al cultivo de ese campo fábrica, pero a él sólo se le consiente el dedicarse al cultivo de ese campo, cediendo la cuarta parte del producto a su amo y otra cuarta al gobierno y a los intermediarios. Y ese tributo que le arrancan el Estado, el capitalista, el señor y el negociante irá aumentando constantemente. Si se dedica a la industria, se le consiente que trabaje a condición de no recibir más que el tercio o la mitad del producto, quedando lo demás a beneficio del que la ley reconoce como propietario de la máquina.

Protestamos contra el barón feudal que no toleraba al cultivador tocar la tierra, sin entregarle el cuarto de la cosecha; y el trabajador, so capa de libre contratación, acepta obligaciones feudales, porque en parte alguna no hallaría condiciones más aceptables. Y ha de ceder o morirse de hambre, porque hoy todo tiene un amo.

Resulta de semejante estado de cosas que toda nuestra producción es un contrasentido. El negocio es sordo a las necesidades de la sociedad; su único fin es aumentar los beneficios del negociante. De aquí las contínuas fluctuaciones de la industria, las crisis en estado crónico. No pudiendo comprar los obreros con su salario las riquezas producidas por ellos, la industria busca mercados en el exterior, entre los acaparadores de los demás países. Y en todas partes tropieza con competidores, ya que la evolución de todas las naciones se obra en igual sentido. De ahí las guerras que forzosamente han de estallar, por el derecho de monopolizar los mercados. Guerras por las posesiones en Oriente, por el imperio de los mares, por derechos aduaneros y dictar condiciones a sus vecinos, ¡guerras contra los que se rebelan! No se extingue en Europa el ruido del cañón; generaciones enteras son asesinadas; el importe de sus presupuestos los invierten los Estados europeos en armamentos.

También la educación es privilegio de ínfimas minorías. ¿Puede hablarse de educación cuando el hijo del obrero se ve forzado a la edad de trece años a ir a mina o ayudar a su padre en el laboreo de la tierra?

En tanto, los radicales demandan mayor extensión de las libertades políticas; pero en seguida se advierten que el hálito de la libertad inicia rápidamente el levantamiento de los proletarios, y entonces, cambian de opinión y retornan a las leyes excepcionales y al imperio del sable. Una amplia red de tribunales, jueces, verdugos, polizontes, y carceleros se mantiene para defender los privilegios, coartando el desarrollo de los sentimientos sociales. Fácil es comprender que sin rectitud, sin especie tiene que degenerar. De ello no se preocupan sin embargo, las clases directoras, aunque sí inventan para probar lo contrario toda una ciencia absolutamente falsa.

Cosas muy bonitas se han expuesto acerca de la necesidad de compartir lo que se posee con aquellas que carecen de todo, pero cuando se le ocurre a cualquiera practicar este principio, se le dice en seguida que todos esos grandes sentimientos son muy hermosos para los libros poéticos, pero que no cuajan en la vida. «Mentir es envilecerse, rebajarse», se dice; y, no obstante, la existencia civilizada es simplemente una inmensa mentira. ¡Y lo peor es que nos habituemos a ella y que acostumbramos a nuestros hijos a obrar hipócritamente una moral de dos caras!

El acaparamiento por sí solo deja sentir así sus consecuencias en la vida social. So pena de muerte, las sociedades humanas han de volver a los principios fundamentales, y como los medios de producción son obra colectiva de la Humanidad, vuelven al poder de la colectividad humana. La apropiación individual de ellos no es justa ni útil. Todo pertenece a todos, porque todos lo necesitan, porque todos han trabajado según sus fuerzas, y es imposible fijar la parte que correspondería a cada individuo en la actual producción de las riquezas.

¡Todo es de todos! La inmensa maquinaria que el siglo XIX ha creado; los millones de esclavos de hierro que llamamos máquinas y trabajan para nosotros, de todos son. Nadie tiene derecho a apoderarse de una sola de esas máquinas y afirmar: «Es mía; para emplearla me pagaréis un tributo por cada uno de sus productos». Como tampoco el señor de la Edad Media tenía derecho para decir al labrador: «Ese monte, ese prado, son míos, y por cada gavilla de trigo, por cada montón de heno, me pagaréis un tributo».

Están llamadas a desaparecer las fórmulas ambíguas, como el derecho al trabajo», o «a cada uno el producto íntegro de su trabajo». Lo que nosotros queremos, es el derecho al bienestar, el bienestar para todos.

P. KROPOTKINE

El comunismo ácrata

I

Al romper con la propiedad privada, toda sociedad se hallará obligada a constituirse en comunismo ácrata.

En épocas pretéritas una familia de labriegos podía creer que el trigo que sembraba y los vestidos de lana tejidos en la choza eran simples productos de su trabajo. Esta creencia no era, sin embargo, enteramente justa. Existían caminos y puentes construídos en común, pantanos desecados por un trabajo colectivo y prados comunales cercados por setos que todos costeaban. Un progreso en las artes de tejer o en el modo de colorear los tejidos beneficiaba a todos; en tales tiempos, una familia campesina vivía mediante el apoyo de la ciudad, del concejo.

E nel estado actual de la industria, cuando todo se entrelaza y se sostiene, cuando cada rama de la producción utiliza todas las demás, la pretensión de dar un origen individualista a los productos es completamente insostenible. Si ciertas industrias han llegado a una maravillosa perfección en los países civilizados, débese al simultáneo desenvolvimiento de otras mil industrias; lo deben a la extensión de la red ferroviaria, a la navegación transatlántica, a la habilidad de millones de obreros, a cierto grado [illegible]ura general de toda la clase proletaria; en fin, a trabajos ejecutados de un extremo a otro de la tierra.

Tanto los italianos que sucumbían del cólera cavando el canal de Suez, o de anemia en el túnel de San Gotardo, como los americanos que perecieron en la guerra abolicionista de la esclavitud, han contribuído al auge y desenvolvimiento de la industria algodonera en Francia y en Inglaterra, no menos que las jóvenes sacrificadas en las manufacturas de Manchester o de Ruán o el inventor de cualquiera mejora en las máquinas de tejer.

Desde este punto de vista general y sintético de la producción, no estamos conformes con los colectivistas en que una remuneración proporcional a las horas de trabajo invertidas por cada uno en la producción de las riquezas sea un ideal, ni un avance siquiera hacia ese ideal. Sin discutir aquí si el verdadero valor de cambio de las mercaderías se calcula en la sociedad actual por la cantidad de trabajo preciso para producirlas (según han dicho Smith y Ricardo, cuya huella ha seguido Marx), hemos de decir que no hallaríamos factible el ideal colectivista en una sociedad que considerase como patrimonio común los instrumentos de producción. Acatando este principio, habría de abandonar en seguida cualquier forma de salario.

Creemos que el individualismo mitigado del sistema colectivista no podría existir a la vez que el comunismo parcial de la posesión por todos del suelo y de los instrumentos de trabajo. Toda nueva forma de posesión pide nueva forma de retribución. Una forma nueva de producción no podría sostener la antigua forma de consumo, como no podría desarrollarse en las formas viejas de organización política.

De la apropiación personal del suelo y de los instrumentos para la producción por alguno, nació el salario

Era la condición imprescindible para el desarrollo de la producción capitalista; perecerá con ella, aunque se quiere disfrazar bajo la forma de «bonos de trabajo». La posesión común de los instrumentos de trabajo, llevará consigo forzosamente el goce en común de los frutos de la labor de todos.

Estamos convencidos de que no sólo es deseable el comunismo, sino que hasta las sociedades de ahora fundadas en el indivualismo, «se ven constreñidas de continuo a caminar hacia el comunismo».

El desenvolvimiento del individualismo durante los tres últimos siglos, se debe, sobre todo, a los esfuerzos del hombre, para defenderse de los poderes del capital y del estado. Creyó por un momento—y así lo han predicado los que formulaban su pensamiento por él—que podía libertarse por completo del estado y de la sociedad. «Mediante el dinero—afirmaba—puedo conseguir todo lo que necesite». Pero el individuo ha seguido mal camino, y la Historia moderna le demuestra que, aun teniendo tesoros en sus arcas, nada puede sin el concurso de todos.

Paralela a esa corriente indivualista, destácase en la Historia moderna, de una parte, la tendencia a conservar los restos del comunismo parcial de la antigüedad y de otra a restablecer el principio comunista en los diferentes órdenes de la vida.

Tan pronto como los Municipios de los siglos X, XI y XII lograron emanciparse del señor laico o religioso, fomentaron en seguida el trabajo en común, el consumo en común.

Era la ciudad la que fletaba buques y enviaba caravanas para el comercio en lejanas tierras, cuyos beneficios no eran para los individuos, sino para el conjunto de éstos; también compraba las provisiones para sus habitantes. Los recuerdos de esas instituciones se han conservado hasta el siglo XIX, y los pueblos los mencionan religiosamente en sus leyendas.

Desapareció ya todo eso; pero el Municipio rural, se empeña en guardar los últimos vestigios de ese comunismo, y lo logra mientras no eche el Estado su abrumadora espada en la balanza.

Asimismo surgen, en mil diversas formas, nuevas organizaciones fundadas en el mismo principio de «a cada uno según sus necesidades», porque sin cierta dosis de comunismo no podrían existir las sociedades presentes.

El puente por el que en otro tiempo los transeuntes pagaban derechos de peaje se ha hecho de uso común. El camino que antes se pagaba a tanto la legua, sólo en Oriente existe. Los museos, las bibliotecas libres, las escuelas gratuítas, las comidas comunes para los niños, los parques y los jardines libres, y las calles libres para todo el mundo; el agua conducida a domicilio y tendiéndose a no contar la cantidad consumida; hé ahí otras tantas instituciones basadas en el principio de «Tomad lo que necesitéis».

Se ha introducido ya en los tranvías y ferrocarriles el billete de abono mensual o anual, prescindiendo del número de viajes, y toda una nación, Hungría, ha introducido en su red de ferrocarriles, el billete por zonas, que permite recorrer quinientos o mil kilómetros por el mismo precio. No falta, pues, mucho para llegar al precio uniforme, como sucede en el servicio postal. En todas estas y otras innovaciones, se tiende a no medir el consumo. Hay quien quiere recorrer mil leguas, y otro sólo quinientas. Esas son necesidades personales, y no hay razón alguna para hacer pagar a uno doble que a otro, sólo porque su necesidad sea dos veces mayor.

También se va procurando poner las necesidades del individuo por encima de la valuación de los servicios que haya llenado o que llene en la sociedad. Se empieza a consíderar la sociedad como un todo, cuyas partes están tan íntimamente ligadas entre sí, que el servicio prestado a tal o cual indivduo es un servicio prestado a la generalidad.

Si váis a una biblioteca pública,—por ejemplo las de Londres o Berlín,—el bibliotecario no os pregunta qué servicio habéis prestado a la sociedad para dejaros el libro o los cincuenta libros que solicitéis, y si es preciso os ayuda a buscarlos en el catálogo. Pagando un derecho de entrada uniforme, la sociedad científica abre sus museos, jardines, bibliotecas, laboratorios, y da fiestas anuales en honor de cada uno de sus miembros, fuera de la categoría que fueran.

Si tratase de dar vida a un invento, y váis a un taller especial de San Petersburgo, os darán sitio, todas las herramientas necesarias, todos los instrumentos de precisión—si sabéis manejarlos—y se os dejará trabajar cuanto queráis. Ahí están las herramientas. Convenced a amigos de vuestra idea; asociáos a otros amigos de diversos oficios si no preferís trabajar solos; inventad la máquina o no inventéis nada, eso es cosa vuestra. Una idea os conduce, y ello es suficiente.

Los tripulantes de una falúa de salvamento no exigen sus credenciales a los marineros de un buque náufrago: salen en su embarcación, arriesgan su vida entre las olas furibundas y, a veces, mueren por salvar la de otros hombres a quienes ni siquiera conocen. ¿Y necesitan conocerlos acaso? «Necesitan nuestros servicios, son seres humanos: eso basta. ¡Su derecho queda demostrado. ¡Salvémoslos!» Si mañana una de nuestras ciudades, tan egoístas al presente, es víctima de una necesidad cualquiera, esa misma ciudad procurará que las primeras necesidades que se satisfagan sean las de los niños y los viejos, sin averiguar los servicios que hayan prestado o presten a la sociedad; ante todo hay que mantenerlos.

En cuanto se han llenado las más imperiosas necesidades de cada uno y a medida que aumenta la fuerza productora de la Humanidad,

se acentúa más cada vez que una gran idea ocupa el puesto de las mezquinas preocupaciones de nuestra vida ordinaria.

Llegado el momento en que se devolviesen a todos los instrumentos de producción, en que la labor fuese común y el trabajo—ocupando el sitio de honor en la sociedad—produjese mucho más de lo preciso para todos, ¿puede dudarse de que esta tendencia ampliaría su esfera de acción hasta ser el principio mismo de la vida social futura?

Por estas razones entendemos que, al quebrantar la revolución la fuerza en que se apoya el sistema actual, nuestra primera obligación será llevar el comunismo a la práctica.

Mas este comunismo nuestro no es el de los falansterianos ni el de los autoritarios teóricos alemanes: es el comunismo anarquista, el comunismo sin Gobierno, el de los hombres libres. Tal es la síntesis de los dos fines que busca la Humanidad a través de las edades: la libertad política y la libertad económica.

II

Al considerar la «anarquía» como ideal de la organización política, sólo formulamos otra pronunciada tendencia de la Humanidad. Conforme lo permitía el curso del desenvolvimiento de las sociedades europeas, sacudían éstas el yugo de la autoridad e iniciaban un sistema basado en los principios de la libertad individual. La Historia nos enseña que los períodos durante los cuales fueron abatidos los Gobiernos por efecto de rebeliones totales o parciales han sido épocas que en el terreno económico e intelectual significaron un gran adelanto.

Otra es la independencia de los Municipios, cuyas grandes obras—fruto del trabajo libre de asociaciones libres—no han sido superadas; ora es el levantamiento de los campesinos, que hizo la Reforma y puso en peligro al Papado; ora la sociedad—libre en su principio—fundada al otro lado del Atlántico por los descontentos que huyeron del viejo continente.

Si nos fijamos en el desarrollo actual de las naciones civilizadas anotaremos un movimiento cada vez más perceptible en pro del reducir la esfera de acción del gobierno y de aumentar la libertad individual. Esta es la evolución presente, aunque retardada por el fárrago de instituciones y preocupaciones heredadas de lo pretérito. Igual que todas las evoluciones, aguarda la revolución para aventar las vetustas ruinas que se oponen al libre vuelo en la sociedad regenerada y remozada.

Tras haber empleado un largo tiempo en el insoluble problema de inventar un Gobierno que «obligue al individuo a la obediencia, sin dejar de obedecer aquél también a la sociedad», la Humanidad pretende libertarse de toda especie de Gobierno y llenar sus necesidades de organización por el libre acuerdo entre individuos y grupos que aspiren a iguales objetivos. La independencia de cada mínima unidad territorial es ya una necesidad apremiante; el común acuerdo sustituye a la ley, salva las fronteras, y, con la mira puesta en un fin general, regula los intereses particulares.

Cuanto se creyó en otra época función propia del Gobierno se le niega hoy, llegándose mejor y más fácilmente al acuerdo sin su intervención. Analizando los progresos conseguidos en este aspecto hemos de afirmar que la Humanidad aspira a anular completamente la acción de los Gobiernos, ésto es, a abolir el Estado, que es la personificación de la opresión, del monopolio y de la injusticia.

Realmente, la idea de una sociedad sin Estado acarreará por lo menos tantas objeciones como la economía política de una Sociedad sin capital privado. A todos nos han nutrido los arraigados prejuicios sobre las funciones providenciales del Estado. Desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el Código de Bizancio, o de Derecho romano, y las diversas ciencias inculcadas en las Universidades, todo nos ha habituado a ver una Providencia en el Gobierno y en las virtudes del Estado.

Para infundir y sostener este prejuicio, se han inventado y propalado sistemas filosóficos y se han dictado leyes. Toda la política se basa en ese principio y cada político, de cualquier orden y color que fuese, dice siempre al pueblo: «¡Dame el poder: quiero y puedo librarte de las miserias que te abruman!»

Ojead un libro cualquiera de sociología o de jurisprudencia, y hallaréis en él siempre al Gobierno, con su organización y sus hechos, en tan gran lugar que acabamos por creer que fuera del Gobierno y de los hombres de Estado ya nada existe.

Los periódicos repiten en todos los tonos la misma cantinela: columnas enteras se dedican a las discusiones parlamentarias, a las intrigas de los políticos; apenas si se advierte, en cambio, la intensa vida diaria de una nación en breves líneas que estudian un asunto económico, a propósito de una ley, o en la sección de noticias o de sucesos del día. Lo que menos pensáis al leer esos periódicos es en el infinito número de seres humanos que nacen y mueren, trabajan y consumen, sufren los dolores, piensan y crean, más allá de esos personajes de similor, a quienes se glorifica, hasta el punto de que sus sombras cubran y oculten la Humanidad por la grandeza que les da nuestra ignorancia.

Y no obstante, tan pronto como se pasa del papel impreso a la vida misma, en cuanto se mira a la sociedad, salta a la vista la parte infinitesimal que el Gobierno representa en ella. Balzac había observado ya cuántos millones de campesinos viven su vida entera sin saber nada del Estado, excepto los pesados impuestos que ha de pagarle por fuerza. Diariamente se ultiman innumerables contratos sin que intervenga el Gobierno, y los más grandes de ellos,—los del comercio y la Bolsa—se hacen de tal manera, que ni siquiera se podría invocar al Gobierno si una de las partes contratantes abrigase la intención de faltar a sus compromisos. Hablad con quien conozca el comercio y os dirá que los cambios realizados a diario entre comerciantes no se operarían sin la base de la confianza mutua. La costumbre de cumplir su palabra, el deceo de mantener su crédito, sobran para guardar esa honradez comercial. Aquél que sin el menor remordimiento envenena a sus parroquianos con infectas drogas presentadas bajo etiquetas atrayentes, considera empeño de honor el cumplir sus compromisos. Ahora bien: si esa moralidad relativa se ha desarrollado hasta en las condiciones actuales, cuando el enriquecimiento es el único móvil y objetivo, ¿no ha de progresar rápidamente, en cuanto ya no sea la base fundamental de la sociedad la apropiación de los frutos de la labor de los otros?

Otro distintivo característico de nuestra generación que viene también en apoyo de nuestras ideas, es el constante aumento del campo de las empresas nacidas de la iniciativa privada y el enorme desarrollo de todo género de agrupaciones libres. Numerosos son estos hechos y tan vulgares ya que forman la esencia de la segunda mitad de este siglo, aun cuando los hombres del socialismo y de la política los ignoran, en su manía de hablarnos siempre de las funciones del Gobierno. Las organizaciones, libres y diversas hasta lo infinito, resultan un producto tan natural, prosperan con tanta rapidez y se reunen con tanta facilidad, son una consecuencia tan necesaria del continuo crecimiento de las necesidades del hombre civilizado y reemplazan con tantas ventajas a la intervención gubernamental, que ha de reconocerse en ellas un factor cada vez más importante en la vida moderna.

Si todavía no abarcan el conjunto de las manifestaciones de la vida, es porque tropiezan con obstáculo insuperable en la miseria del trabajador, en las castas de la sociedad actual, en la apropiación privada del capital colectivo, en el Estado. Suprimidos esos obstáculos, las verá extenderse por el inmenso dominio de la actividad de los hombres civilizados.

Los cincuenta años últimos son viva prueba de la impotencia del Gobierno representativo para ejercer las funciones que se le han encomendado.

El siglo XIX será citado algún día como la fecha del aborto del parlamentarismo.

Es tan evidente para todos esta impotencia del parlamentarismo y los vicios originales del principio representativo son tan palpables, que los pocos pensadores que han hecho su crítica (J. Stuart Mill, Laverdais) se han encontrado hecha la labor con sólo traducir el descontento popular. Es absurdo nombrar algunos hombres y decirles: «Hacednos leyes acerca de todas las manifestaciones de nuestra vida, aunque cada uno de vosotros las ignore». Ya empezamos a percatarnos de que el Gobierno de las mayorías parlamentarias significa el abandono de todos los asuntos del país a los que forman las mayorías en la Cámara y en los comicios, a los que carecen de criterio propio.

La unión postal internacional, las uniones ferroviarias, las sociedades científicas, son patente ejemplo de soluciones debidas al libre acuerdo, y no a la ley.

Si grupos diseminados por el mundo, pretenden hoy organizarse para un fin cualquiera no nombran un Parlamento internacional de diputados «para todo» y a quienes se les diga: «Votadnos leyes; las acataremos. Si no logran entenderse directamente o por correspondencia, envían delegados bien conscientes de la cuestión especial que va a tratarse, y les dicen: «Procurad poneros de acuerdo acerca de tal asunto, y volved luego, no con una ley en el bolsillo, sino con una proposición de acuerdo, que aceptaremos o no».

Las grandes compañías industriales, las sociedades científicas, las asociaciones de todo género existentes en Europa y en los Estados Unidos así proceden. Y así habrá de obrar la sociedad libertada. Para efectuar la expropiación no podrá en modo alguno organizarse bajo el principio de la representación parlamentaria. Una sociedad basada en la servidumbre podía aceptar la monarquía absoluta; una sociedad fundada en el salario y en la explotación de las multitudes por los detentadores del capital corresponde al parlamentarismo. Mas una sociedad libre que recobre la posesión de la herencia común, habrá de buscar en el libre agrupamiento y en la libre federación de los grupos una organización nueva en analogía a la nueva fase económica de la historia de su existencia.

P. KROPOTKINE

S. de R. Obreros del Puerto de la C.

Consejo de Relaciones

Este Consejo invita a todos los obreros del puerto de la capital a concurrir a la Asamblea que se realizará el jueves 24 del corriente, a los 20 horas (8 p.m.) en el salón "JOSE VERDI", Almirante Brown 736 Boca), para tratar una importantísima Orden del día.

Por el Consejo, El Secretario.

Nuestra hoja y las pequeñas reflexiones que nos sugiere

Nuestra hoja que por circunstancias imprevistas y justificables, no es portadora de alientos revolucionarios desde hace dos meses, sale ésta ansiosa de derramar su luz en las pupilas de los ciegos de entendimiento para que se empapen en ella y alumbren su cerebro donde su pensamiento, por falta de luz vive arrinconado como en una ciudad a oscuras, donde los medios de tracción no se mueven por temor a la catástrofe.

¿Quiénes caminan a oscuras, pero que tropiezan contínuamente? Los trabajadores, quienes se empeñan en ser ciegos, en no querer meditar, en reflexionar maduramente las cosas, ¿acaso para conocer sus naturales necesidades corporales es necesario saber leer y escribir como muchos creen? Remontaos a las primitivas épocas de nuestros antepasados y sabréis cómo ellos no necesitaban de todas las paparruchadas que hoy existen y vivían sanos, fuertes y robustos, a pesar de ser más peligrosa la existencia que en la actualidad.

Hoy a la razón de los capitalistas opónemos la nuestra. ¿Quién tiene razón, si hay razón para todos cuando se trata de vivir bien? ¿De qué sirve el razonamiento nuestro si se limita a la face política? La política a más de ser un instrumento del capitalismo, es la base donde asienta su gobierno. Suprimid toda política y nos hallaremos frente a frente, explotadores y explotados. Los capitalistas dicen: «hay que aumentar el precio de este o aquel artículo de necesidad, y sin pararse en mayores razonamientos, aumentan el precio. El parlamento se ocupará de convencer al pueblo de que era necesario ese auménto.

El pueblo sugestionado con la lectura de los debates acalorados habidos en el parlamento, donde tal fracción política —la socialista, por ejemplo, que se lucra con la oposición—sostiene que no es posible que el pueblo sufra esa nueva alza en los artículos de primera necesidad, pero clandestinamente se les hace saber a esos denodados defensores de los intereses del pueblo—simulados—que ellos percibirán un tanto por ciento de su órgano destemplado (?) y con una sarta de embustes convencer al pueblo de lo que es esperar mejor oportunidad para bajar el alza de esos artículos. Pero la oportunidad no llega y la crisis alimenticia se intensifica. Y entonces el pueblo productor, sin fé en el parlamento, decepcionado, opta con pobres razonamientos mejorar sus condiciones precarias de vida por su propia cuenta, pero fracasa! No quiere entender que el pensamiento se debe materializar.

Así se encarecen los artículos de primera necesidad. Pues, a abolir su encarecimiento sin más vacilaciones.

La reflexión sólo debe emplearse para fortalecer la acción que ha de practicarse para bien de uno. Si nos paramos en los inconvenientes con que se tropezaría antes de ejecutar un acto, equivaldría a ver que día a día le redujeran los medios de subsistencia sin hacer el más mínimo gesto de disgusto por temor a irritar a los causantes.

Nuestra hoja más amplia, por necesidad informativa, lleva impresa gráficamente la figura patriarcal del gran revolucionario que fué Pedro Kropotkine el que a la par que Bakounine y otros revolucionarios luchó con el libro y la acción por la emancipación de todos los explotados del universo.

Las persecuciones y encarcelamientos que sufrió por la propagación de sus ideas sobre la vida libre, son terribles. No hay pluma, por aguda que sea, que pueda narrar las penurias de este paladín de la anarquía durante los prolongados años de su existencia y todos los trabajadores descubiertos y de pie debemos un doloroso saludo de respeto póstumo hacia quien, por ser nuestro maestro y nuestro defensor ante la clase capitalista, desaparece del mundo de los vivos. ¡De pié, trabajadores!, que éstos son nuestros verdaderos próceres.

Cuando poseamos el verdadero valor de correr el albur de nuestros destinos en las barricadas en pro de la libertad; cuando sepamos decirle con toda entereza de ánimo al explotador que «si no trabaja, no come», entonces sí que la revolución nos dará su beso casto y puro sobre nuestras frentes, libres de los yugos opresores. Entonces, sí, que nos estrecharán nuestras manos y reclamará un puesto entre los que combatan para destrozar los ejércitos belicosos que capitanearán los sicarios del capitalismo. Porque, sabedlo, la revolución es mujer y la tiene secuestrada entre sus anillos la casta odiosa de los capitalistas y la mentalidad ruín de muchos trabajadores.

La acción de nuestra hoja ha de ser como martillo golpeando sobre yunque, para ciertas testas en las que el prejuicio ha encadenado y subordinado las facultades evolutivas hasta el extremo de petrificarlas creando un estado de conservación precario en el cerebro de éstas. Estas inteligencias rudimentarias todavía—con prejuicio propio y de los demás—viven de acuerdo con el concepto teológico que de «Dios» emana el bien y el mal. Sin embargo, no suelen hacerle caso a «Dios» y se procuran por sus medios el bien, y de esta manera dejan en libertad de acción a los capitalistas, verdaderos causantes de todos los males que azotan a las clases productoras.

La prensa capitalista y un expendío de comestibles y bebidas alcohólicas, es la misma cosa. Allí se redactan los artículos de acuerdo a la moral tenebrosa del empresario. Los telegramas a parte de los retoques de la censura, se transcriben de acuerdo con la misma moral; las correspondencias de los encumbrados de la pluma son rechazados sino llenan la casuítica de esa moral que se modifica en razón del beneficio que de ellos pueda extraer el empresario o empresarios del periódico ¡guay del periodista que disienta con la moral inícua del tenebroso empresario! Las ideas personales están sujetas a caución. La verdad se prostituye como se prostituye una mujer que con engaños fué conducida al prostíbulo y después las circunstancias perpetuaron su prostitución.

Vamos a verificar por que se parece un expendío de comestibles y bebidas alcohólicas a la prensa capitalista: pues, porque allí todo se invierte de forma que todo se haga como conviene al empresario; y aquí todo se hace de manera conveniente para el dueño del expendío.

Sucede muchas veces que los dependientes profesan ideas anárquicas y sin embargo, por su propia mano envenenan al público, ya sea con alimentos adulterados o con brevajes pésimos compuestos con malos alcoholes.

Si se les reprocha esto, que no está de acuerdo con los ideales que profesan, arguyen que las circunstancias los ponen en la necesidad de obedecer al patrón. ¡Dichosas circunstancias que a tantos pillos excusas!

Es por esto entonces, aunque pobre la comparación, es lógica. El periodista engaña al público por las circunstancias, tergiversando el dictado de su conciencia y el dependiente, a pesar de su «anarquismo» furibundo, envenena al público por la misma causa.

Si todos procediéramos de esta forma, los ideales libertarios ni la esfera de la teoría tendrían razón de alcanzar y y los mangoneos en las organizaciones obreras también tendrían sus circunstancias y justificaciones.

Para terminar, nuestra hoja que cortará un pelo en el aire eliminará las circunstancias a golpe de su filo que, como la espada del Roldán legendaria, por más que quiso mellar su filo, tratando de ender la roca, no consiguió mellarla.

Así seremos nosotros, las circunstancias no amenguarán nuestro entusiasmo por la libertad por más incontrastables que sean.

Santa Cruz y Villa Guillermina

Dos nombres de dos expresiones geográficas, situadas en los dos extremos, sur una y extremo norte la otra, de este país.

Si ambas tuviesen comunicaciones directas que facilitarían el paso y fuese fácil su mutua compenetración podría decirse que ambas se han entendido para producir hechos que llamaran la atención sobre ellas y por lo tanto, los hechos que en ellas se vienen produciendo tuviesen un móvil común y a veces caprichoso.

Pero nada de eso hay; colocadas ambas en los extremos del país, sin comunicaciones directas posibles, a grande distancia una de la otra, sin embargo, se producen hechos que son similes si no iguales en ambas.

Nosotros, que desde hace varios lustros venimos sosteniendo que la Argentina es un feudo, y que en ella, el que quiere vivir, tiene que trabajar dejando en manos del explotador la mayor parte del fruto de su sudor. Nosotros, que hemos repudiado las facilidades que ofrece el medio burgués, para vivir del trabajo ajeno, hemos señalado el cáncer que corroe las entrañas del organismo social, sin echárnoslas de profetas, hemos presagiado que llegaría el día en que haría crisis el mal. Y parece, por las noticias que nos suministra la prensa «gorda» que la hora de la crisis ha llegado.

En efecto, la dicha prensa, cada tres o cuatro días nos habla, ora de una, ora de otra de las mencionadas regiones, y nos dice que los obreros se han declarado en huelga, presentando pliegos de condiciones y que han sostenido combates con las policías regionales, a las que derrotaron, matando comisarios, jefes de policías y haciendo prisioneros a estancieros, a cárneros y a policías.

También nos cuenta que el gobierno ha mandado a Santa Cruz soldados del «glorioso» ejército nacional, armados de artillería, ametralladoras y caballería, y que con respecto a Guillermina piensa hacer otro tanto si los obreros persisten en la huelga, que no hay duda, persistirán.

Bien pues, podríamos repetir nosotros con el personaje del cuento «a empezar el baile». Por cierto que no seretros quienes vamos a gritar ¡alto! a la música, puesto que sabemos que para llegar a este infeliz resultado todo lo que han sufrido los trabajadores en su largo calvarios de afanes y miserias para engordar la tripa a una pequeña cantidad de rastacueros que en Buenos Aires viven en el más sódico de los «confort».

Pero, entendemos que aquellos trabajadores de ambas regiones extremas del país, son trabajadoresque cansados de la expoliación de que son víctimas, han asumido la única actitud lógica que les cabía asumir y, por lo tanto, merece su acción toda la atención y solidaridad de parte de todos los trabajadores del país, que sinceramente aman la emancipación de su clase.

El régimen capitalista, entronizado en América, sobre las ruinas del comunismo de los Incas, empieza a entrar en el declive de su imperio y los hechos que se vienen produciendo son los primeros síntomas de su futura desaparición.

Adelante, trabajadores!. Nada de titubeos, que la hora del triunfo se avecina.

O. X.

Madre Anarquía

I

Porque tu amor ofendieron
Porque tu albura mancharon
Los que no te conocieron
Y porque te calumniaron.
¡Madre!
Porque estás en el martirio
Y el adversario en acecho
Ha clavado en su delirio
Cien espadas en tu pecho.
¡Canto!
¡Canto, madre, tu amargura!
Yo soy tu poeta y canto.
¡El fuego de mi locura
Ha de abrillantar tu llanto!

II

Porque el montón de bribones
Azuzados en la noche
Por impúdicos sayones,
Te ha arrojado su reproche,
¡Madre!
Porque ignara muchedumbre
De lacayos y rufianes
Pretende apagar la lumbre
Que emerge de tus volcanes
¡Canto!
(¿Vejarte? ¡No! No pudieron
¡Ya lo sé! Más te amargaron:
¡Ebrios te desconocieron
Y sicarios te insultaron!).

III

Porque tu hermoso camino
Hay quien quiera ensombrecer
¡Cual si una fuerza, un destino
Se pudiera entorpecer!
¡Madre!
Porque, bárbaros, te niegan
Porque, cobardes, te ofenden,
Claudicantes te reniegan
Y torpes, no te comprenden.
¡Canto!
¡Canto, madre, tu amargura!

IV

Y canto porque estás triste,
Y canto porque estás sola
Y a tu alrededor subsiste
La violencia de la ola.
Ola de odio, ola inconsciente
Ola impura, ola sin luz,
¡Ola igual a la demente
Que fué a quebrarse en la cruz.

V

Fariseos de este instante,
Cristo no ha resucitado:
Cristo está siempre triunfante,
En la cruz, crucificado!

Alberto GHIRALDO

El caciquismo en las organizaciones obreras

Las organizaciones obreras que nacieron para defensa de los intereses de los trabajadores, hoy, a la manera de los estados oligárquicos, se dividen en pequeños grupos de los cuales colocan a los más audaces e inescrupulosos a su cabeza y todos los beneficios que reporten de la lucha de grupo a grupo son absorbidos por sus jefes que, como hombres de sagacísima prudencia se mantienen a la retaguardia de todos los conatos y sólo aparecen en escena cuando peligra su hegemonía.

Las organizaciones obreras, que sintéticamente hablando porque sólo una debería de haber y con un mismo plan de ataque a las clases capitalistas—porque también son varias pero se retunden en una cuando la necesidad apremia, no sucediendo así en las clases productoras

(seguimos pluralizando)—las organizaciones obreras, decíamos, se deben a la exclusiva necesidad de abolir privilegios que gravitan sobre sus espaldas y que por su incapacidad los multiplican sustituyéndoles con otros nombres que en el fondo descansan sobre las mismas bases que los mismos que conservan los primitivos, como ser :rico de dinero, capitalista, más propiamente clase media o burguesía, aristocracia o los que se dicen guerreros o descendientes de guerreros, defensores de la integridad política o económica de la Patria, y que sin haber defendido ni conquistado nada, se arrogan derechos que no sufren la crítica más somera; burócratas o funcionarios del estado que después de haber durante muchos años malversado los tesoros públicos, se acogen a una ley de jubilaciones que de ex-profeso intencionalmente estatuyeron.

Los que crearon las organizaciones obreras cayeron en el error de valerse de los mismos principios que combaten para su funcionamiento y si no fueron esos, por lo menos así se obra.

Los que se dicen ser fundadores del gremio tal o cual y haber sostenido las primeras batallas con la clase capitalista, pretenden a manera de la clase aristocrática, vivir a expensas de los fondos gremiales, llenando funciones inútiles dentro de las organizaciones y tener más derechos que otro asociado. Por ese motivo no se conforman con el reconocimiento moral que es lo que más vale según como se considere—y ese motivo que se materialice en un mejor bienestar (sic)—luego las comisiones administrativas—con excepciones—engreídas por su elección se creen de una capacidad insuperable y no permitirán bajo ningún concepto que sean objeto de mala crítica sus determinaciones y que de inmediato, sin más trámites, se apliquen a la práctica, aunque los fondos sociales sufran con sus velados manejos. Esta clase de obreros con sangre de burócratas, a la manera de los obreros que se asemejan a los aristócratas, se creen casi con el mismo derecho que ellos a gozar del bienestar dentro de los gremios, pues si no fuera por su inteligencia (¿?) las organizaciones obreras se hubieran derrumbado. La otra clase de obreros no existe porque vive absorbida por las otras dos clases citadas lo que quizás constituya doble peligro que si se demostrara como clase. Pero sería el colmo que dentro de los gremios hubiera comerciantes directos, indirectamente... quién sabe, tratándose de ganar la vida como quien dice.

De esta forma es como si se hubiera hecho un traspaso mayor del estado capitalista a pequeños estados menores capitalistas.

En el estado capitalista reduce el capital a una ínfima minoría en detrimento de la mayoría; en las organizaciones obreras sucede lo propio, por su manera de distribuirse el trabajo que en ningún momento alcanza a todos por igual, por intervenir en su distribución el «caciquismo que se reserva la parte más sustanciosa de las res que ha de ser comida», y lo demás se lo arroja a sus adláteres, de acuerdo con el mismo principio de propiedad, que existe en el estado capitalista.

¿No es la misión del gremio abolir todo privilegio que se denomina propiedad privada en el sentido material?

Luego, ¿por qué se crean?

Se ha dado el caso de que en el seno de las comisiones administrativas apareció un hombre sincero encabezándolas con el criterio más amplio y sano que se pueda tener referente al concepto del interés común, y se buscó por todos los medios imaginables de eliminarlo llegando hasta el crimen. ¿Por qué ésto? Sencillamente, porque no convenía a los intereses de los caciques que tienen dividido en fracciones al gremio, de acuerdo con su ambición desmesurada de lucro. ¿Por qué hay caciques en los gremios? Porque hay cobardes que los sirven de la forma más abyecta. Si no hubiera cobardes, se encararían con los que buscan la anulación de sus derechos y, primero con buenas razones les harían desistir de semejantes propósitos, y en caso de no conseguirlo por su empecinamiento, obligarlo por la violencia, de lo contrario, perecer. Para vivir careciendo de libertad, es preferible mil veces la muerte.

Así nos habla el organismo decrépito por la acumulación superlativa de necesidades debida a nuestra ingente cobardía. Los caracteres selváticos se resisten a la disciplina societaria cuando redundan en su perjuicio Gustan de crear grupos que respondan a los dictados de sus insitintos imperativos. El que no se resiste, se somete por pusilanimidad. Pero después de este sometimiento a precarias condiciones, viene lo terrible, lo complejo y pavoroso.

Los caracteres apocados, los incapaces, se complotan, y al paso de su jefe, de ese jefe que los trata con dureza y acritud, y que parece ser de pasta superior, hombre que desconoce el subterfugio y dualismo porque es directo en sus acciones al amparo de las sombras de cualquier recova, lo apuñalean miserablemente, a traición.

Luego los asalta el temor de hallarse frente a frente; los cobardes criminales que quisieran vivir sin jefe, pero no pueden necesitan un jefe pero no tan férreo como el que asesinaron, que les trate blandamente, que les permita vivir sin exponerlos a una muerte violenta. ¡Ah! una idea luminosa como ojos de sapo de uno de ellos disipa todas sus vacilaciones y zozobras. ¿Cuál es?, ¿cuál es?—preguntan azorados.— Un burgués responde: «El de la idea luminosa con ojos de sapo, ese nos hará vivir, aunque trabajosamente, pero nos hará vivir, Y nos dirá que el trabajo honra..., dignifica.., y de vez en cuando nos pasará la mano por el lomo donde descansará toda su fastuosidad y riqueza aunque la anemia agote nuestros organismos. Pero... viviremos y basta.

Y desde entonces tienen un jefe, feje burgués a quien temen, pero no como aquel ser indómito que se burlaba del peligro y que sólo de las sombras se deslizaría el puñal que lo había de herir mortalmente.

Las organizaciones obreras con sus jefes a la cabeza están impregnadas de un burguesismo abominable. Su cariño entrañable al dinero es un axioma irrefutable y mientras no se depuren radicalmente de ese nefasto burguesismo, están condenados al fracaso.

Si la clase capitalista existe se debe exclusiva y puramente a que el concepto de la propiedad privada sigue arraigado en lo más profundo del centro del sistema nervioso de la clase trabajadora.

Después de haberse independizado las clases trabaajdoras, por medio de sus agrupaciones supuestamente revolucionarias de la burguesía oficial, se someten al medio impuesto por el jefe, individuo que pertenece a una burguesía clandestina, que militan en los gremios de filiación obrera porque allí saben que todavía existe terreno propicio para formarse un pequeño capital que les permita vivir, quizás, explotando a los que por necesidad hubo de llamar compañeros una vez; como lo habrán comprobado muchos trabajadores que individuos que se decían enemigos de la burguesía, ultrarevolucionarios, hoy son ultraburgueses.

Es innegable que la plancha metálica es el gran imán que atrae irresitiblemente a los espíritus metalizados, neutralizando los esfuerzos de los hombres de verdadera conciencia, que, haciéndose eco de todas las miserias proletarias, luchan con ahinco por su liberación. Pero si porque no les llenan los bolsillos de dinero no lo acompañan en sus esfuerzos hasta el sacrificio mismo si fuera necesario, serán estériles todos sus esfuerzos.

Hay que creer a los hombres que al hablar disgusten a los oyentes, porque esos son los verdaderos, los auténticos revolucionarios.

A nadie gusta el aceite de ricino; ¡sin embargo, como con su acción depura al cuerpo de todo lo que envenena! ¡y el oro envenena los más puros sentimientos!

Hé ahí por qué cuando un hombre os dirige la palabra y ésta es acre, dura, acibarada, y no es dulzarrona, os enfurecéis porque os dicen la verdad. Ese no es un cacique, ese quiere que no seáis pusilámines, que sean individuos y compañeros, pero compañeros de verdad.

De cara y... ¿qué hay con eso?

Somos una fuerza social que nadie que no sea un mal intencionado podrá negar.

Amigos de la verdad y de la justicia no permitiremos que nadie mistifique o denigre nuestra integridad de hombres libertarios. Lo hemos afirmado una y mil veces, que nosotros somos apolíticos, antiestatales hombres libertarios.

Nuestra composición de lugar ha tiempo que la hicimos frente al Estado y al capitalismo, enemigos nuestros, y al lado de los trabajadores y de los rebeldes hermanos nuestros.

Hechas las precedentes consideraciones a manera de preámbulo, diremos la nuestra con respecto a la unificación del proletariado en general y de los estibadores del puerto de la capital en particular.

Entendemos que es en la unidad de acción del proletariado en general, y de los hombres de ideas en particular donde radica la fuerza de los que hoy somos explotados y aspiramos a ser libres.

Es una máxima por todos admitida, «aquella de que la unión hace la fuerza y siéndola nosotros la hacemos nuestra y al hacerla trabajamos en el sentido de mancomunar en un solo block a toda la familia obrera.

Sabemos nosotros y no nos merece mayormente una mayor consideración el estribillo que aquí se esgrime por parte de aquellos que oponen objecciones a la unificación total de los trabajadores y es ella la de las dos tendencias bien manifiestas en que se halla dividida la familia obrera en todo el universo—o sea la reformista y la revolucionaria—por esto como argumento, aplicado al movimiento gremial en la Argentina y pudiéramos decir también en Sud América carece de consistencia y lo demostraremos.

Si por la antiguedad y por la experiencia que les dió el larguísimo período de constante bregar a los trabajadores y a los revolucionarios europeos para hoy haber llegado a la conclusión de que era necesario romper entre las dos tendencias, la reformista y la revolucionaria, aquí en la Argentina; diremos que la tendencia reformista no pesa nada en su desenvolvimiento.

La división aquí es en el seno de los organizadores libertarios—llamémosles anarquistas o comunistas ahora a última hora—porque nosotros a los hombres que actúan en el consejo de la F.O.R.A. del X, ha tiempo que los hemos denominado bomberos de la organización revolucionaria, no así a los obreros que la componen, pues sabemos que ellos el día en que salgan de esa equivocación en que hoy los han hecho caer, serán iguales que nosotros: comunistas libertarios, comunistas anárquicos, en fin, revolucionarios, enemigos de todos los términos medios, reformistas o legalitarios.

Educar revolucionaria e ideológicamente a las masas obreras es nuestra mayor preocupación, por eso propiciamos la unificación de todos, pero todos los que viven del salario.

Pero ¿por qué se oponen objecciones a nuestra labor? ¿Cuáles son los argumentos serios que hay para ellos? ¿Es que ellos existen en realidad?

Nosotros afirmamos rotunda y terminantemente que no! Alguien se deja decir por esos locales obreros, que aquí no se puede trabajar por la unificación porque el día en que ella se realizara la reacción no se haría esperar y ella sería contra los que tal labor realizamos. Nosotros, a pesar de estar concordes con esto, no creemos que él podría constituir argumento de fuerza para oponer a la unidad obrera, no, camaradas. Aunque esto sea cierto, nosotros debemos unirnos y unir a los trabajadores, a pesar de nuestro propio sacrificio.

¿Es que podemos aceptar nuestra libertad de actuar al precio de la división proletaria? ¡No, compañeros! Mil veces no, antes las cadenas, antes el destierro y si no somos capaces de resistir el chubasco, no actuemos, no propaguemos lo que no somos capaces de sostener con hombría.

Era entonces nuestro propósito, cuando se inició la campaña pro unificación trabajar por la unidad de todos aquellos que son oprimidos y ansían libertarse; queríamos también con ello operar un acercamiento entre todos aquellos hombres que han tenido la valentía de abrazar la causa de la emancipación humana.

No queríamos ni estamos dispuestos los que trabajamos por la unidad proletaria a unirnos con elementos políticos o mercachiflistas de la organización, como son los agentes presidenciales que hoy componen el supremo consejo de la aún más suprema F.O.R.A. del X.

Estamos en la autonomía y proclamamos la autonomía como medio de poder llegar en día no lejano a practicar el federalismo. No es esta nuestra finalidad, lo hemos afirmado siempre y lo reafirmamos hoy; prueba de ello es nuestra misma organización, el solo hecho de estar organizados es una prueba demostrativa de ello.

Que nos lo nieguen!

¿A qué vienen esos ataques? ¿Porqué esas insidias? ¿Para qué las inmundas calumnias? Si todos nos conocemos, si todos nos sabemos hombres antipolíticos y antiestatales, si al final cuando hacemos un análisis vemos que en lo único que diferimos es en los medios o en las tácticas pero que en su finalidad nos hallamos completamente de acuerdo.

Seamos entonces sensatos los que hoy nos hallamos en el seno de la organización, sea ella autónoma o federativa; pongámosnos de acuerdo y coordinemos ideas para poder afrontar la lucha decidida y valientemente.

Un organismo, un sólo organismo obrero en la república, en toda la república es lo que urge, por el comunismo, por la anarquía, por la libertad, todos los que se sientan hombres.

¡Adelante, siempre adelante!

Hermanados, unidos todos los descontentos, todos los vejados, todos lós que ansiamos dejar de serlo.

José Ramón TOME

La unificación obrera

La clase obrera, clase que hasta ayer ignoraba su verdadero rol en la sociedad, comienza a entenderlo en su fiel expresión, dando el verdadero paso, que ya debió dar hace mucho tiempo, hacia la unificación del proletariado de esta región. La unificación obrera representa el más formidable de los peligros para la clase capitalista, la cual siempre alerta no escatimará medios para destruirla.

Los trabajadores, ya en buen número, se hallan sabiamente ilustrados y no dejarán de sus puños a aquéllos que todavía son susceptibles de engaños.

La unificación para los trabajadores, representa un paso de incalculable valor, que si no retroceden pronto se verán libres de opresiones, vejaciones y explotaciones de toda laya. Si la unificación se conserva dentro de los postulados verdaderos de emancipación obrera, no dudamos de su triunfo; pero si por negligencia o venalidad se tuercen sus fundamentos, nacerá un caos tal que pasarán muchos años antes de que el escepticismo que tal acción causaría desapareciera del ánimo de los trabajadores, tantas veces amargado en su fe por actos inescrupulosos.

Si tal sucediera daría lugar a que la clase capitalista reaccionara y nos tratara con la crueldad que acostumbra a hacerlo cuando nos halla debilitados y diseminados como no hace mucho tiempo estábamos.

La semana de Enero, con sus ulteriores consecuencias, que son persecuciones, encarcelamientos, etc., es el ejemplo vivo que tortura nuestras mentes. Si los trabajadores atendiendo a sus intereses de clase hubieran desechado de su seno toda insidia o maledicencia y se hubieran unido en un solo block jamás las víctimas de esa semana trágica se hubieran encontrado solas.

En un país donde debido a la fertilidad de su territorio y a la fertilidad del mismo, no debería haber todavía problema obrero, es quizás donde con más fuerza se siente la miseria. La avidez del lucro del cual muchos trabajadores se hallan imbuídos, ha tomado proporciones enormes en esta parte de tierra.

Las estadísticas arrojan una mortalidad espantable por el hambre y, lo que es peor, que los que no mueren, su físico es tan pobre que pronto la tuberculosis hace presa en ellos, y todo ésto sucede en las clases laboriosas que ahitas de trabajo no hallan en su retribución lo suficiente para reparar sus fuerzas gastadas en agobiantes labores. Hé aquí que la unificación efectiva de la clase obrera será para bien de sí misma: permitirá que todo conflicto con el capital quede zanjado según las exigencias del proletarido. Máxime que en la probable lucha futura contra el capitalismo organizado, nos hallará a todos compenetrados de nuestro deber y contribuirá a ésto el grado de compañerismo que hayamos alcanzado por la sinceridad que pondremos en nuestros actos. Velar por la unificación es un deber d etodo productor explotado. Aportarle elementos fortalecientes es la mejor obra que puede realizar en bien de la unificación de todo el proletariado.

Ser activos, incansables es lo que se ha de recomendar a todos los trabajadores; que su obejtivo es la libertad económica, base principal de todas las libertades. Es un sofisma que un enclenque, un valetudinario que está a dos líneas de la anemia y a tres de la tuberculosis, sea un ser libre, como no lo sea «in abstracto»; naturalmente no lo es.

Así es que ateniéndose a que la unión hace la fuerza, ¡a unirse camaradas, que allí está la independencia!

Frente Unico

Para "La Rebelión"

Arrecie el temporal... Ruja el sectario...
Aulle el explotador despavorido...
¡Contra viento y marea! Marche unido
el formidable bloque proletario!...
Nada hay ya que os detenga: ni el sicario
que en la sombra amenaza enfurecido,
ni el Judas que parece convencido,
ni el que os chupaba parte del salario.
Trabajador! El porvenir es vuestro...
Os pertenece ya... Nadie os lo quita...
¡Ojo avizor!, que el capital es diestro
en tejer artimañas.... Vuestra cita:
¡La dictadura del proletariado!

Liberio Della PICOTTA

Rosario, diciembre de 1920.

Al gremio de carboneros

Compañeros: el gremio es como una escuela donde los niños aprenden las primeras letras, el gremio, es pues, para nosotros como una escuela, con la diferencia que aquí sabe el que se interesa, a pesar de trabajar como una bestia y sin esperanzas de mejoramiento que la clase capitalista con todos sus adléteres, son los causantes de todas nuestras amarguras.

Naturalmente, muchísimos compañeros no están convencidos de que así sea, porque creen que si hay individuos que tienen propiedades y son dueños de grandes empresas, no es porque todo eso haya costado una sola gota de sudor a quien ha construído las propiedades ni menos los que elaboran las manufacturas en las empresas de ésta o de aquella industria.

Hace muchos años que seres abnegados pregonaron y pregonan que la propiedad individual es producto del latrocinio, siendo en vano todos sus esfuerzos para convencer a las masas de que lo que ellas producen, por ellas debe ser consumido.

Parece que el convencimiento naciera de sí propio, pero eso es un absurdo por cuanto necesita tener un criterio bastante pobre para que en la actualidad se crea lo contrario.

Hoy, mientras que muchos y buenos compañeros agonizan en las cárceles, víctimas de los más crueles castigos por haber tenido el gesto sublime de manifestar francamente que la explotación del hombre por el hombre era un delito de lesa humanidad. Nosotros nos olvidamos de que a ellos únicamente le debemos quizás el que se nos tema y respete.

Sinó el ejemplo más patente lo tenemos en Simón Radowiski, quien desde hace diez años hállase purgando el delito más santo, más sagrado cometido y se cometió vengando al pueblo en parte asesinado y en parte maltratado por el malhechor más tenebroso que fué ese funesto personaje R. L. Falcón.

Y otros muchos que no sería ociosó citar, que a pesar de ser sus hechos de menos trascendencia que el del vengador Radowiski, deben ser colocados en nuestros corazones a su lado. Hace mucho tiempo, compañeros, que el capitalismo con todos sus tétricos aparatos debió haber desaparecido para bien de todos los humanos, pero parece que por rara ironía de nuestra ignorancia todavía prosiguen en su obra nefasta de destrucción, arrojando pueblos contra pueblos con cualquier pretexto por cualquier futileza en nombre del difunto sentimiento patrio o atisbando el fantasma religioso que también saben explotar las clases adineradas.

Hoy, cuando todo lo que está contaminado por el capitalismo tiende a desaparecer, todavía hay compañeros que se empeñan en conservarlo. Parece que tuvieran abierto un hondo surco en sus corazones y forzosamente habrán de llenarlo con oro, ese oro que tantos estragos hace en la clase trabajadora. Entonces en virtud, compañeros, de que jamás los que trabajamos hemos de disponer del tiempo necesario para dedicarnos propiamente a lo que es nuestro y que sentimos transcurrir el tiempo sin que de él participemos a nuestras anchas y sin el menor indicio de que podamos pasar una vejez tranquila.

Desde ya, mientras somos jóvenes, dispongámonos a hacernos dueños del tiempo, aboliendo el oprobioso régimen actual y estatuyamos en su lugar la verdadera era, la era de la dicha y de la felicidad en la paz fraternal de todos los productores sin distinción de orígenes.

ASAMBLEAS

En la asamblea última realizada, por requerirlo asuntos de índole gremial, nuevamente se volvieron a repetir las escenas bochornosas de las anteriores.

Convengamos que la falta de sentido gremial es la piedra de toque de todas las discordias. Es de admirar con qué frescura los compañeros Carboneros juzgan los asuntos tan delicados de la organización. Con que fogosidad fanática, carente de todo sentido común alternan en los debates. ¿Qué se proponen? Se ignora. Se plantea la discusión sobre el tópico más sencillo y argumentan de una forma que a la postre termina eso en un intríngulis tal que ni el mismo diablo lo entiende. Y eso que se trata de lo más sencillo.

Mientras las discusiones no sean planteadas dentro de la lógica más sensata, no será posible entenderse, se perderá el tiempo lastimosamente y por último el único perjudicado será el gremio que en tren de discrepancia social o gremial, se precipitará en el desorden y volvera a ser nuevamente pasto de los capitalistas.

Cuando un gremio tiene unos cuantos años de existencia sus afiliados deben poseer un grado bastante respetable de conocimiento para no cometer ciertas tonterías.

Porque no es disculpable tampoco que en la actualidad existan obreros que desconozcan para qué se organizaron y qué fines persigue la organización; y si los desconocen deben de inquirir de quién los conozca que los ponga al corriente de ellos, y de esta manera, con una cierta orientación podrán intervenir en los debates de las asambleas sin perjuicio de sus intereses y de los de sus compañeros.

La base principal de un debate es no verter frases insultantes hacia los camaradas ni herirles indirectamente su susceptibilidad con cargos supuestos.

Todos los asuntos que se hayan de discutir en las asambleas han de meditarse antes y luego ya en las asambleas, como lleva estudiado su plan de ataque o defensa, si vence o es vencido, es que sus argumentos prevalecieron por superioridad, y en el segundo caso porque adolecían de ella.

Todas las aasmbleas que se realicen han de ser en sus resoluciones beneficiosas para el gremio en general. Siempre que se procure esto, el gremio prosperará.

Boicot a la Confitería "Las Camelias"

A. Brown y Pinzón

Este periódico se solidariza con el movimiento huelguista que sostienen los obreros y obreras de la fábrica del «Avanti», y recomienda a los trabajadores no fumar los cigarros «Avanti», «Regina», «Banderita», «Genio», «Monopolio» y «Firence».

¡Boicot a los citados productos!